

SÉ PÚBLICA LOS JUEVES
VEINTE CÉNTIMOS

Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AÑO I

Madrid, 9 de Agosto de 1894.

NUM. 5

BARAJA ARTÍSTICO-TEATRAL



EL REY DE COPAS

Tiene derecho, perfectamente justo, á figurar entre los reyes de nuestra baraja, Emilio Mario, director de escena de admirable gusto y actor de talento tan flexible para interpretar lo mismo el tipo clásico de obras de Moratin, como de la comedia moderna, y así lo ha confirmado el sorteo que hacemos, con el objeto de evitar susceptibilidades muy atendibles.

CHARIVARI

Chinos y japoneses.—¡Chinito mío, que sí!—¡Nautilus por aquí!...—Horóscopo del Rey de Corea.—Los aficionados pur sang. Nueva teoría del hule.—Trenes acordeón.—Cólera atento.—Nuevo cordón.—La reina de la fiesta.—La carroza de Vitoria.—Colmos.

CON motivo del conflicto chino-japonés, verdadera cuestión de los quince, y rompecabezas internacional, son muchos los caballeros que se dedican á descorrernos los horizontes y á abrirnos los ojos á la luz, contándonos en sendos artículos maravillas del Celeste Imperio; los adoquines que tiene la célebre muralla de la China, el nombre de los mandarines más decentes y hasta si el emperador se come las uñas en presencia de sus vasallos, como símbolo de fortaleza.

Y noten ustedes una cosa.

Que son los mismos caballeros que, cuando hay una inundación, nos hablan de la madre del río y de toda la familia, del por qué corre por allí, y no murmura por otra parte, estando en el secreto y en el por qué el río se desbordó; estos ilustres socios lo mismo hablan del cultivo de la achicoria en la isla de Corfú, que del *Clipper Nautilus*, esa especie de divieso marítimo que nos ha salido y á quien Dios conserve en sus aguas mucho tiempo, aunque ya nos enteraremos por *La Correspondencia*, porque creo que primero se hundirá la tierra que pasarnos sin noticias de la *Nautilus*.

De todos modos, el conflicto es grave y la intervención de determinadas potencias puede dar lugar á que la cosa tome mayores proporciones. Mal porvenir se le presenta al rey de Corea.

Ya le veo, camino de París, tomando cerveza en las *brasseries* y jugando al *l'ecarté* con el rey Milán, ese rey sin *pinta* que anda por los *boulevares* contando la historia del *cabo López*.

Porque la verdad, que es triste ¡horrible! acostarse rey y levantarse *boquerón*.

* *

¡Puede el baile continuar!

Sigue la racha de toreros; es decir, que se dan encarnados.

Cogida en Sevilla, cogida en Madrid, cogida en todas partes.

No tendrán queja los aficionados de que ahora no hay emociones, porque resulta el espectáculo más *sensacional* de todos, no faltando quien hace un gesto de disgusto el día que ocurre alguna catástrofe de esa índole, y no la presencié por cualquier circunstancia, y si fuera posible reconstruir la escena, se reconstruiría para dar gusto á los señores.

Y no hay duda que ese es un atractivo poderoso, hasta el punto de que si en los carteles se anunciase, v. gr.: *El valiente matador de toros José Regúlez (a) el Delirio, contando con la benevolencia del público, se dejará coger por el quinto toro, por aquello de que no hay quinto malo en la suprema suerte*, habría puñetazos y otros excesos por entrar en la plaza.

Todo esto se verificará (si el tiempo no lo impide).

* *

Siguen los llamados trenes *botijos*, que mejor que *botijos* debieran llamarse *acordeones*, porque dan de sí to-

dos los viajeros que la empresa quiere, llevando á Alicante lo más florido de nuestra clase media y baja, que por la módica cantidad de doce pesetas ven la playa, dan una vuelta por la población, encienden un pitillo y á Madrid, para decirnos *playas las de Levante*, y darnos con el billete en las narices llamándonos *méndigos*.

Pero valor se necesita con estos calores y en ese tren.

Porque eso es ir en un *infiernillo*.

* *

El cólera, comprendiendo que este verano nos aburrimos soberanamente, porque Pasquín está lejos de nosotros, se ha presentado en Marsella, donde nos ha dejado tarjeta de visita.

Ya hay individuos que no descansan, preocupados con la vecindad del *viajero del Ganjes*, como le llaman los chicos de la gaceti-lla, y llevan alcanfor hasta en las narices, hasta el punto de que parece que acaban de salir de un ropero.

Los gobernantes se preocupan y buscan y discurren medios para evitar el contagio, que sin grandes esfuerzos se puede evitar.

Del siguiente modo:

En la frontera francesa se coloca un cordón de acreedores y en la española otro de deudores, y la comunicación es imposible.

No cabe el contagio.

* *

España celebra las ferias de sus capitales más importantes.

La de Valencia, terminada ya, ha sido como siempre, espléndida y hermosa. En este número damos, como actualidad y documento curioso, el retrato de la reina de la fiesta de los juegos florales, la Srta. Fontanalls, de distinguidísima y noble familia y que lleva en su cara toda la poesía y el ambiente de las hermosas auras valencianas. La Srta. Fontanalls es una reina que no será destronada tan fácilmente.

De Valencia pasamos á Vitoria, donde con el entusiasmo de siempre, han celebrado los alaveses sus fiestas tradicionales, en las que ha tomado parte activísima el Ejército, construyendo la preciosa carroza que va en esta plana y que simboliza perfectamente el espíritu de la institución.

Unas y otras fotografías nos han sido remitidas por nuestros diligentes corresponsales de Valencia y Vitoria, respectivamente.

* *

Colmos:

El de un cerrajero: descerrajar un tiro.

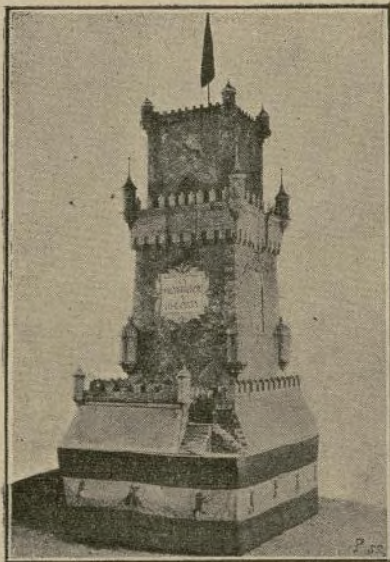
El de un bollero: perdonar el bollo por el coscorrón.

El de la castidad: morir con la palma de la mano.

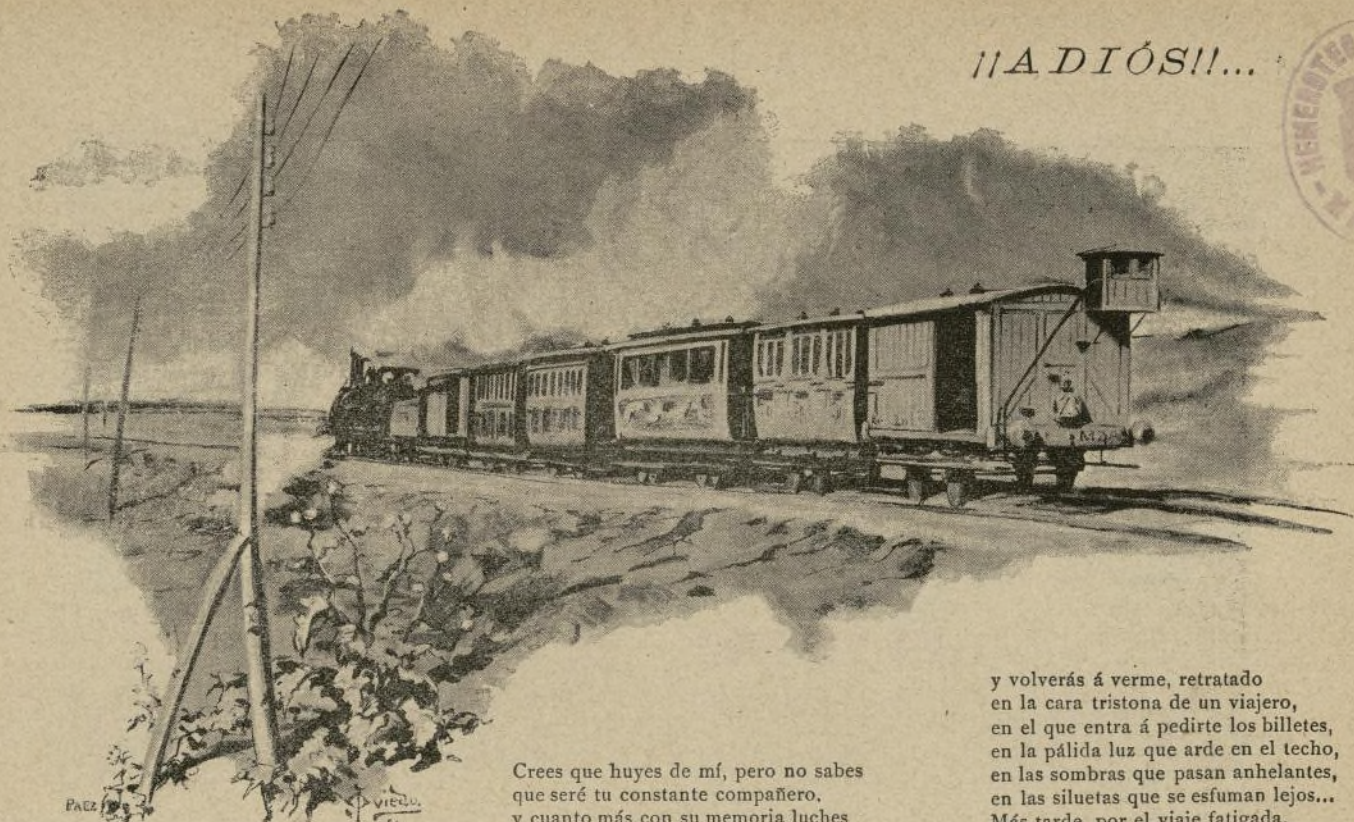
El de un oculista: hacer la vista gorda.

JORGE FLORIDOR

FIESTAS EN VITORIA



Carroza de la guarnición.

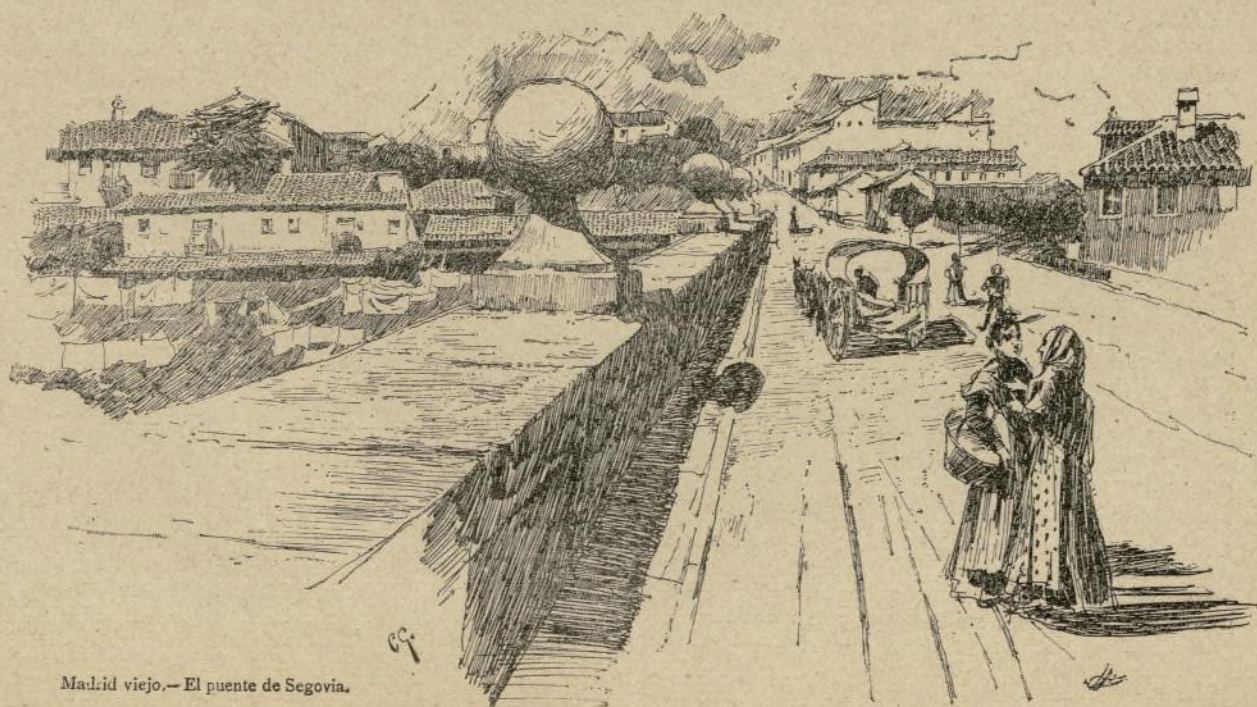


Vas á partir... Mañana cuando el día ponga sus esplendores en los cielos, de este pobre muchacho que te adora, gracias al tren, te encontrarás muy lejos... Te marchas ¡para siempre! y esta frase que repito llorando y no comprendo, canta, á la par que tu traición, ¡bien mío! los funerales de tu amor primero. Tienes prisa en marchar y te parece que, por ir contra tí, se para el tiempo, y cuando el tren, cruzando las campiñas, los verdes prados y los campos yermos, corra y corra, furioso, dando gritos, como monstruo empujado por los vientos, tú dirás: «¡qué despacio! ¡Más deprisa!» y por cumplir tu abrumador deseo hasta capaz serías de ofrecerle una gruesa propina al fogonero... Mas ¿para qué?... á través de las distancias, promesas y esperanzas toman cuerpo y al buscar el ansiado lenitivo nace airado el fantasma del recuerdo...

Crees que huyes de mí, pero no sabes que seré tu constante compañero, y cuanto más con su memoria luches menos has de borrar del pensamiento á aquel muchacho pálido, ojoso, que te hablaba de amor y hacía versos... Creerás que voy contigo, que te llamo, que ocupo un sitio al lado de tu asiento y cual madre solícita y amante por tu reposo con cariño velo acariciando tus heladas manos, arrebujando en el mantón tu cuerpo y ocultando tus lindos piecitos en la amplia manta de colgantes flecos. Tu rostro asomará á la ventanilla donde, á la par que te acaricia, el viento llevará presurosos á tu oído de mi cansada voz los tristes ecos, y volverás á verme, en el paisaje que ante la vista se presenta espléndido, y leerás mi nombre en el espacio, y en el hermoso azul del firmamento, y en los pintados pájaros que, alegres, juegan en los alambres del telégrafo... La noche con su mundo de negruras y de fantasmas con su largo séquito, sin borrar mi figura de tu mente te traeré espanto é inquietud y miedo;

y volverás á verme, retratado en la cara tristonía de un viajero, en el que entra á pedirte los billetes, en la pálida luz que arde en el techo, en las sombras que pasan anhelantes, en las siluetas que se esfuman lejos... Más tarde, por el viaje fatigada, se acercará á tus párpados el sueño, y al hallarte en sus brazos reposando crearás ¡bien mío! que á tu lado duermo y que, como otras veces, en tu cara estampo miles de ardorosos besos y que me llaman tus fragantes labios y que me incita tu desnudo seno... Todo eso sentirás... ¡Qué has de olvidarme! Soy el que con cariño verdadero, con las palabras del amor bendito por la primera vez habló á tu pecho. Sé que al mundo te lanzas, y anhelante por gozar de sus mágicos secretos en el impuro altar de la locura en holocausto entregarás tu cuerpo; mas no me cabe duda de que siempre en tus noches de orgía y desenfreno te has de acordar de mí con la nostalgia que traen las penas, el placer y el tiempo. Y así hemos de vivir eternamente siempre unidos los dos, aunque muy lejos, ¡tú haciendo que te ríes y que gozas, yo pensando en tu amor y... haciendo versos!

GIL PARRADO



Madrid viejo.— El puente de Segovia.



❖ DOLORES ❖

I

Todo estaba preparado para la corrida de toros que iba á celebrarse en el pueblo aquella tarde.

La plaza se hallaba cerrada con sus carros correspondientes, y anchos tablados, cubiertos con sus toldos, formaban las gradas donde la gente se apiñaba para presenciar el espectáculo.

El entusiasmo era indescriptible.

En el balcón principal de la Casa-Ayuntamiento se hallaba la presidencia, y una tela gris horizontalmente tendida, impedía que el sol desluciera los sillones de terciopelo encarnado de la municipalidad.

El alcalde del pueblo, seguido de su joven esposa y de su anciana madre, acababan de hacer su entrada en el palco presidencial.

El alcalde, grave y tieso, todo vestido de negro, y su esposa, sonriente, vestida con un traje modesto de color gris y envuelta su cabeza con la clásica mantilla española, saludaron al pueblo, que prorrumpió en aplausos.

No se sabe á ciencia cierta si los más aplaudieron á la primera autoridad del pueblo, ó aplaudieron la hermosura de su cara mitad.

Dolores era una morena encantadora, tenía veinticinco años, había nacido en un pueblo de Andalucía, y en sus ojos negros se retrataba toda la hermosura de que la naturaleza ha dotado á todos aquellos pueblos de España.

El presidente hizo la señal para que la fiesta comenzara y todas las conversaciones cesaron, los aplausos se interrumpieron, los murmullos se apagaron y sólo vibraron por los aires los acordes de la música municipal.

Pasado un corto momento, se impuso al silencio un griterío espantoso, y por uno de los lados de la plaza aparecieron las cuadrillas lujosamente ataviadas y resplandeciendo á los rayos del sol los golpes de plata y oro de sus vistosos trajes.

Las cuadrillas desfilaron por delante del palco presidencial, según rúbrica, y saludaron al presidente.

Uno de los maestros levantó la cabeza, y al hacer el saludo de ordenanza, se puso rojo como la grana y no acertó ni á saludar.

Este pequeño incidente pasó desapercibido para todo el mundo, menos para Dolores.

La madre del alcalde se acercó en aquel momento á su nuera y la preguntó el nombre de aquel muchacho tan joven que aparecía como maestro al frente de su cuadrilla.

—No lo sé—respondió Dolores tartamudeando. Pero para sí se dijo: —Sí... ¡Es él! Manolillo, le reconozco.

Los toreros cambiaron sus elegantes capas por las de faena, se echó desde la presidencia la llave del toril, adornada con cintas de los colores nacionales, sonó el clarín y el timbal y apareció en la arena el primer toro de la tarde.

II

Dolores conocía bien á Manolillo.

Los dos se habían criado juntos en el mismo pueblo, al pie de la sierra, habían sido amigos de la infancia, juntos habían corrido por los campos y juntos volvían al pueblo, cuando el sol se ocultaba tras los picos de las montañas, subidos en las carretas que rechinaban bajo su propio peso.

Durante el griterío de la plaza y cuando los toreros lucían sus dotes en los primeros lances de capa, Dolores se hallaba abstraída por completo, y aquellas capas de todos colores que se movían agitadas por el aire, le parecían mariposas de vuelos rápidos, que la traían hermosos recuerdos del pasado.

¡Manolillo!... ¡Él!... ¡Lo volvía á ver después de tantos años de separación!

Ya no era aquel muchacho travieso que con ella correteaba, ya no era aquel niño que la besaba y la abrazaba cuando juntos corrían por los campos; ya no era el chiquillo que la habló de amor, cuando ella

no entendía esa palabra y su corazón aún era virgen para ese sentimiento.

Ya era todo un hombre y volvía á verlo vistiendo aquel traje hermoso para todas las mujeres andaluzas.

Y volvía á verlo, cuando ella había perdido su libertad; cuando su corazón, aunque se hallaba libre, pertenecía á su cuerpo y éste lo había entregado á otro hombre.

¡Oh! ¡Qué dichosos aquellos tiempos ya pasados!

¡Qué eternidad nos separa!

Mis padres nos separaron cuando acabada nuestra infancia, comenzaba para nosotros la primera juventud, la edad de los sentimientos, la edad de las ilusiones, la edad del amor.

Entré en un colegio y de él salí para casarme con un hombre rico, según mis padres habían dispuesto.

¡Manolillo era pobre!... ¡Todos nuestros sueños de niño se desvanecieron!

Yo le abandoné... No tuve valor para arrostrar las iras de mis padres...

¡Pobre Manolillo! ¡Cuánto me quería!

Aún recuerdo sus lágrimas vertidas detrás de un pilar de la iglesia, donde yo me entregaba á otro hombre.

Aún conservo la flor que al salir del templo arrojé á mis pies.

Aún guardo en mi corazón aquellas tristes palabras que me dirigió:

—¡Adiós para siempre, Dolores!

—¿Para siempre?... Repetí yo... ¿Quién sabe, Manolillo?...

Durante todos estos recuerdos que rodaban por el cerebro de Dolores en revuelta confusión, la hora de matar el primer toro había llegado.

Pasados los lances de capa, las suertes de los picadores y las de los banderilleros, Manolillo, con los trastos de faena, se había dirigido á la presidencia, había brindado y con la mano se había secado una gruesa lágrima que pretendía resbalar por su mejilla. Después se dirigió á la fiera.

Empezó á acosarla con el trapo, dió sus pases con maestría, citó al toro varias veces y el toro no se cuadraba.

Manolillo, acorralado por la fiera y por los gritos

del pueblo, se irguió de pronto, se mordió los labios de coraje, tiró la montera y dirigiendo una última mirada á Dolores se fué al toro y le hundió la espada hasta la cruz.

Un aplauso atronador se dejó oír por todos los ámbitos de la plaza.

Las mujeres echaron flores al matador, y Dolores, arrancando de su pecho una rosa que llevaba prendida, se la tiró á Manolillo.

Éste la recogió y en aquel momento un grito espantoso se dejó oír en toda la plaza.

El toro, con los cuernos bajos y mordiendo la arena, se incorporó de pronto, sopló irritado y en las últimas convulsiones de la agonía, se precipitó hacia Manolillo, y enganchándolo lo volteó por los aires, dejándolo caer en el centro de la plaza.

III

Manolillo fué transportado en una camilla á la sala baja de la Casa Ayuntamiento.

Dolores había desaparecido del palco presidencial, y á los pocos momentos se hallaba de rodillas al lado de la camilla donde yacía, al parecer sin vida, el cuerpo del pobre Manolillo.

En sus manos crispadas se hallaba la flor que Dolores le había arrojado.

Pasado un corto espacio de tiempo, Manolillo abrió los ojos, y Dolores entonces se incorporó, se acercó á él, le cogió la cabeza y le dió un amante beso en la boca.

Manolillo la miró dos ó tres veces y con voz apenas perceptible, la dijo:

—¿Lo ves, Dolores?... ¡No me equivoqué!... ¡Adiós para siempre!

Y el pobre Manolillo expiró, estrujando entre sus manos yertas aquella rosa, lozana todavía, que conservaba entre sus pétalos el calor del ardiente seno de Dolores.

Mientras tanto, la corrida continuaba en la plaza del pueblo, el público gritaba y el presidente en su sitio, presidía la función.

MIGUEL DE PALACIOS



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

LOS JUEGOS FLORALES DE VALENCIA



SRTA. EMILIA FONTANALLS.—REINA DE LA FIESTA

PRIMAVERA

Patria, Fides, Amor.

¡Canteu, poetes de la patria mial
La primavera vé
aromes derramant y poesía:
natura que dormía
es despertá d'Abril al dolç alé.

Ja reviuén les ninfes bullidores
del llach en lo cristal;
s'ompli l'arbre de fulles parladores,
los ayres d'aus cantores,
lo camp de roses y de llirs la vall.

A la claror de l'aua matinera
refila 'l paixarell
y la fulla suau de la morera
la oruga filanera,
rosega pera fer daurat capell.

Lo blat amotra la verdosa espiga
que s'ha de fer como l'or;
la papallona de les flors amiga,
volant sembla qu'els diga:
—¡També dels ayres jo soch una flor!—

Tot reforma y reviu; lo sol mes pura
pareix donar sa llum
y recobrant la terra sa hermosura,
envía vers l'altura
son misteriós y celestial perfum.

Lo seip en lo mallol gentil rebrota
fent gòtichs camarins
en que natura son enginy agota:
la lloma s'ompli tota
de la flayror dels sentenaris pins.

Lo llaurador esmola la corbella
qu'à Juny te qu'empunyar,
y ab son vol desigual ve l'oronella
cercant per l'horta bella
de sos antichs amors l'antiga llar.

Ja son feixuch mantell l'ivern desgarra;
ja s'acosta 'l bon temps:
ja en les nits estrelades, baix la parra
s'escolta la guitarra
qu'ab ses notes gema y riu ensemps.

Ja ou la verge de nit la tendra queixa
del constant amador
qu'ans d'allunyarse enamorat li deixa
enramada la reixa
de verda murta y perfumada flor.

En cel y terra es tanta la ventura
qu'apar que sonriu Deu
á raudals enviantnos sa hermosura,
y una veu tendra y pura
pareix que á tots nos diu: ¡Canteu, Canteu!

¡Canteu, poetes de la patria mial
Primavera ha arribat
vessant aromes, flors y poesia:
natura, que dormía,
al suau bes d'Abril ha despertat.

¡De vostre somni, com desperta élla,
desperteuvos també!
Un altra primavera hi ha tan bella
y hermosa com aquella:
ostenta 'ls mots de *Patria, Amor y Fe*.

Canteu la *Fe*; la lluminosa estrela
qu'amayna sa claror
feu reviuir ab vostra cantigela
qu'l dupte se revela
y envoltalla lo mon negra tristor.

Canteu l'*Amor*, essencia de la vida,
emanació de Deu;
Unich consol al ánima ferida
Ja de lluytar rendida;
¡canteu, poetes, al Amor, canteu!

Canteu la *Patria*, ¡que lo mon contemple
ses gestes y sos llors,
y als propis y als estranys donant eixemple,
en l'ara de son temple
depositeu les llires y los cors!

¡Canteu! ¡Canteu! y vostre cántich sia
consol del mon oprés;
que quant canteu les aus es que vé'l día
y'l Deu del cel envía
nous elements de vida y de progrés!

R. ANDRÉS CABRELLES



Autor de la poesía «Primavera» que ha obtenido el primer premio.



CABEZA DE ESTUDIO
(De un óleo original del malogrado artista J. Gros).

EL ODIO ⁽¹⁾

(Conclusión).



IENTRAS se atacaba, *coram populo*, la fama del artista, tratando de pulverizarla á mazazo limpio, creábasele por lo bajo, sin dar la cara, una reputación de perdido que no había más qué pedir. ¿Cómo? como tienen costumbre de hacerlo los prácticos de la calumnia: partiendo de un hecho insignificante, de esos que cualquiera realiza y que examinados con

frialdad, significan poco y hallan excusa en todos los labios para tergiversarlo habilidosamente, presentarlo con los más negros y vergonzosos colores é irlo deslizando de oído en oído, hasta que el vulgo se apodere de él y lo someta á su capricho y lo convierta en eco escandaloso que mancha la fama de quien lo provoca y lo sufre todo con empuje de ola.

¡Y que hacedero es esto!... Lo que en el artista es desorden, motivado casi siempre por las preocupaciones de la obra en que tiene puestos sus sentidos todos, calificase de incorrección, de menosprecio al deber social, de falta de juicio, de carencia absoluta de trato y de buenas costumbres. El arranque juvenil y espontáneo de una existencia pletórica de nerviosidades y de anhelos, de viciosa licencia; su franqueza se llama descaro; su altivez, orgullo; su recogimiento, pereza; el valor de sus actos y de sus convicciones, cinismo; la conciencia de su propio valer, vanidad satánica... Así se desfigura la imagen, así se presenta á los ojos del vulgo; y el vulgo la toma como se la dan, porque no tiene tiempo de estudiarla, ni obligación de hacerlo tampoco.

Esto fué lo que se hizo con Enrique; esta la faena implacable del odio contra aquel luchador tenaz. Se tiraba á eso; á que cayese y á que nadie tuviera lástima de él si caía.

Decir cuanto sufrió Enrique en aquella pelea larga, empeñada, implacable, es inútil. Los que le entendían, los que le apreciaban, los que le tendieron la mano—que también hay almas generosas en el mundo del arte, como hay espíritus independientes en el mundo real—saben todas las amarguras, todos los dolores, los desengaños todos devorados á solas por aquel hombre que tuvo la desgracia de no ser una de tantas medianías como andan por ahí repletas de satisfacciones y laureles, porqué las medianías vencen pronto y el genio tarde; la cosa se explica: es más fácil levantar un guardacantón que una pirámide.

Momentos hubo en aquel largo período de tiempo, durante los cuales Enrique, contemplando lejano el triunfo, inseguro el éxito y prevenida la derrota, se sintió desfallecer y formó propósito de darse por ven-

cido, de renunciar á sus esperanzas, de rehuir al combate y hundirse en la sombra... Pero tales pensamientos duraban poco en él. ¿Rendirse? ¿para qué? ¿para dar esta satisfacción á sus enemigos? ¿para hacer buenas todas sus profecías y negaciones? para que se cerniesen alegremente sobre sus restos y gritasen á voz en cuello: «¡Lo ven ustedes!...» ¿Nos equivocábamnos?... Ahí está ese que presumió de atleta, de grande hombre, convertido en nada; en una imagen irrisoria, en una nulidad despreciable...

—¡No, no dirían eso; no les daría ese placer! Aunque sólo fuese por ellos lucharía, lucharía siempre sin descanso, sin tregua. Los odios amontonados contra él convertíanse en acicate, le espoleaban en el alma. ¡Nada de rendirse! ¡A combatir, á combatir y á triunfar, costárale lo que costara, aunque le costase la vida; aunque sólo le quedara tiempo para clavar su bandera, arriba, en lo más alto, y envolver con ella su cadáver!...

Y llegó... llegó... ¿Cómo? Habiendo gastado cincuenta años de existencia en los veinte que duró la lucha, desangrándose por cien heridas, con la cara llena de arrugas y el alma de desengaños. Pero, en fin... llegó.

Al día siguiente de su triunfo, almorzaba Enrique con siete individuos; aquellos siete individuos eran sus enemigos más crueles, los que, por los mayores medios de publicidad que tuvieron á su alcance y por su mayor número de relaciones sociales, habíanle hecho más daño en su fama de artista y de hombre; los mantenedores constantes de la lucha; los fervorosos guardadores del odio que contra él se había desatado.

La invitación partió de Enrique; fué recibida con asombro; los tales sujetos no se daban cuenta del agasajo, y sin darse cuenta de él estuvieron hasta que su anfitrión, llenando una copa de *champagne* y levantándose de su asiento, les dijo:

—He querido obsequiar á los que me han ayudado á conseguir el triunfo. Mil veces creí caer y el odio de ustedes me sostuvo.

Y mientras sus comensales le contemplaban con asombro, añadió:

—¡Bendito sea el odio que me ha hecho vencer! Muchas gracias, señores.

JOAQUÍN DICENTA

APUNTES

Paciencia, una muchacha de Palencia se casó con un joven empleado. Y creo que el marido está enfadado porque le está faltando la paciencia, y le cansa la vida de casado.

**

Las almas pecadoras hacen votos de enmienda á todas horas. En cambio los políticos no votan más que en los momentos críticos. Todo lo cual demuestra que *votar* es una consecuencia de *pecar*.

CARLOS SOLER

(1) Véase el número anterior.

DE VERANEO

Rápida contestación
que remite don Damián
á su señora Asunción
que se halla en San Sebastián.

«Madrid, Julio veintidós.
Mi queridísima esposa:
recibí tu cariñosa
carta, y di gracias á Dios
porque llegásteis tan bien
y con tantísima holgura
tú, Enrique y el señor cura
que vimos en el andén.
Y no pecó de imprudente
en las dos horas enteras,
pues lo que es en *Las Zorreras*
se bajó oportunamente.
Se bajó allí el buen señor
cuando ibais á merendar
y así pudísteis saciar
apetito y buen humor.
¡Con que Enrique te ha obsequiado
tantísimo, esposa mía,
pues eso me lo tenía
hace ya tiempo tragado.
Le conozco como á tí,
es cariñoso y es fiel,
si un buen primo tengo en él
¡buen primo tiene él en mí!
Y siento que yo no pueda
pagarle hoy, esposa mía,
mas si se casa algún día
lo haré en la misma moneda.
Y por mi palabra honrada
juro que le he de pagar
sin que le llegue á faltar
conmigo á su esposa nada.
Le agradezco hoy su cuidado,
mas que no te mortifique,
porque yo conozco á Enrique
y es un poco exagerado.
Y á tí el agradecimiento

te obliga á no protestar,
y te puede retrasar
en tu restablecimiento.
De la corte, esposa mía,
poco te puedo decir;
sólo que se hace sentir
mayor calor cada día.
La menor ropa achicharra,
y tanto calor nos lleva
á envidiar á Adán y Eva
antes de la hoja de parra.
El más negro se despinta
con tantísimo calor.
¡Te escribo con el sudor!
¡Es decir, que sudo tinta!
La oficina es un infierno,
no hay quien dé allí una plumada,
así es, que no hacemos nada,
poco más que en el invierno!
La ocupación más urgente
es pasarnos todo el día
mirando la horchatería
que hay en la acera de enfrente.
Y donde según Helguera,
el jefe de la sección,
se da allí la desazón;
¡hay allí cada horchatera!
Y concluyo de escribir,
Asunción encantadora,
porque van á dar la hora
y nos tenemos que ir.
Huye de todo desmán
en cualquiera distracción
y recibe el corazón
de este tu esposo,

Damián.»

Postdata: No vayas sola
para que nadie critique.
Recuerdos y dile á Enrique
que te lleve á la Zurriola.

RICARDO MONASTERIO

ORDEN DE LA PLAZA

A PEPÍN



ABÍA amanecido un día
espléndido de primave-
ra, y en los jardines que
rodeaban el suntuoso
palacio de la capitanía
general, terminaban los
jardineros el riego de
los macizos, mientras
que en lo alto de los
árboles gorjeaban los
pájaros, saludando con
alegría los esplendores
de aquella mañana her-
mosa.

Dentro del edificio, y
sobre todo, en las habi-
taciones del General,
todo reposaba tranqui-
lamente, cuando el ilustre veterano abandonó el le-
cho, y con cara de júbilo se dirigió á su despacho,

donde sin duda le aguardaba labor enfadosa, pues
encerróse con cuidado para evitar entradas indis-
cretas.

Aquel día era domingo, y por causa de fiesta na-
cional había de revistar las fuerzas de la guarnición;
y también daba la coincidencia de ser el cumpleaños
del nieto, galopín de cinco años, sonrosado y rubito,
quehacer constante de asistentes y doncellas y en-
canto del abuelo, nunca cansado de las infinitas tra-
vesuras del muchacho, ni aun el día que vió su prin-
cipio de autoridad por los suelos, es decir su bastón



JUEGOS FLORALES DE VALENCIA



FRANCESCH BADENES

Autor de la poesía que ha obtenido el segundo premio.

de mando sirviendo de cabalgadura, arrastrando rui-
dosamente el puño y las borlas de oro...

¡Aquella insignia del poder que tanto temían gra-
duados y paisanos!...

En la casa nadie notó el madrugón hasta bastante
tiempo después, cuando al llegar el Ayudante de ser-
vicio y hacer su presentación notó con sorpresa que
el General, después de saludarlo muy amable, escondió
apresuradamente en la cartera unas hojas de papel
que en gran cantidad había sobre la mesa.

Indudablemente tenía que hacer algo de mucho
cuidado cuando tantas precauciones tomaba para no
ser interrumpido y descubierto.

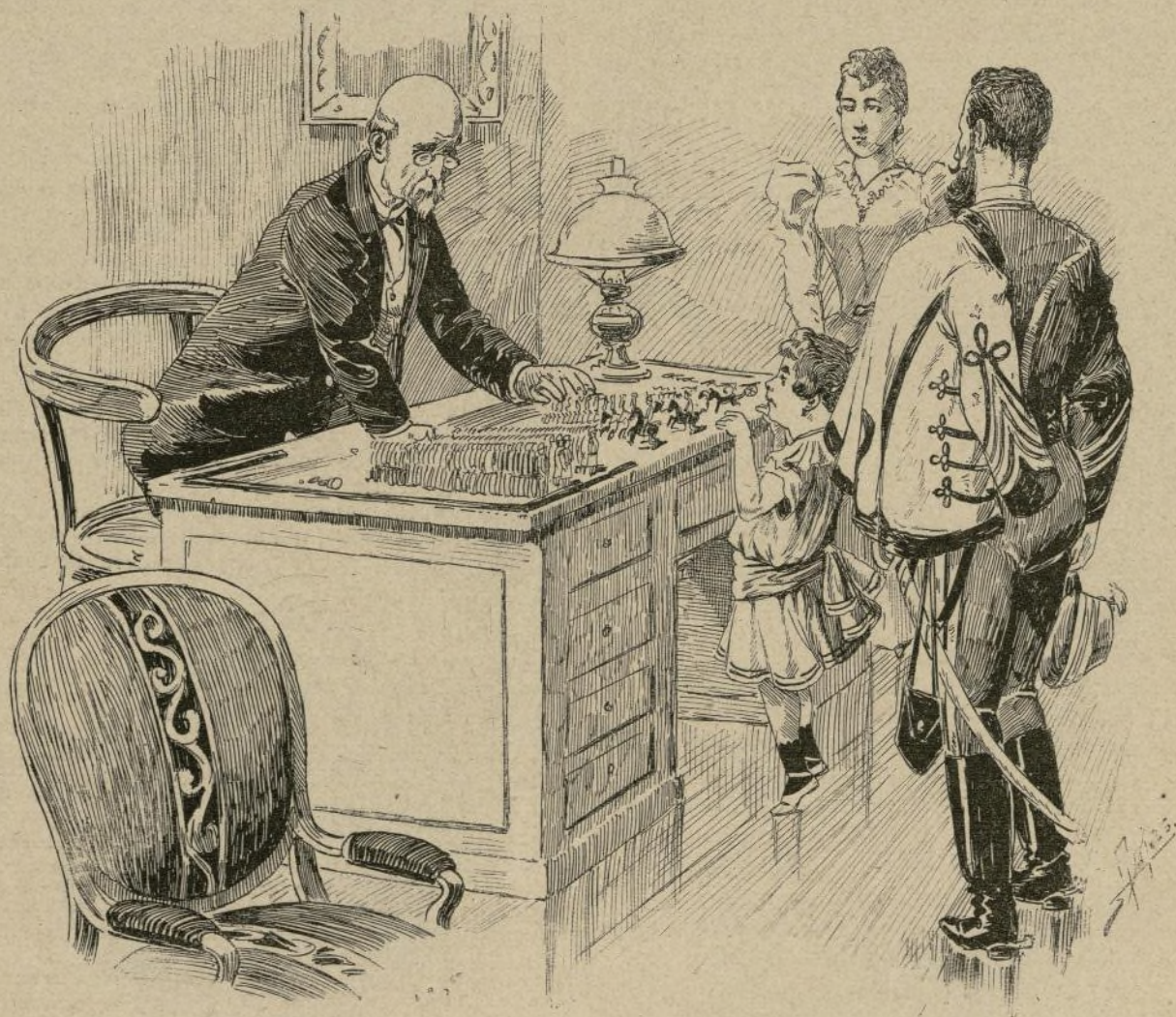
Era el General un hombre de honrados sentimien-
tos y aunque de exterior rudo y autoritario, achaque
general en los que tienen antiguos hábitos de mando,

amante fervoroso del espíritu de justicia y honrador constante del mérito justificado.

Pero á todos estos rasgos que le caracterizaban, sobreponía una única y disculpable debilidad: la adoración que tenía por su nieto Carlitos, que travieso y juguetón como pocos, era el tipo hermoso de esa monísima parte del género humano que se llama la infancia. Solazábase siempre en la contemplación y en el aplauso de las gracias del diablito que á todas horas y por todos sitios traía á mal traer á todas las personas que tenía á mano. Y era el niño tan decidido,

del General, trataron inútilmente de impedirlo, porque Carlitos venciendo la resistencia, salió corriendo de entre las manos de su madre, y arrastrando en su carrera un carretoncito de madera, que al rodar velozmente sobre la tarima del pasillo producía un ruido ansordecedor, fué á empujar violentamente la puerta del despacho de su abuelo, mientras que intentaban contenerlo todas las personas puestas en su seguimiento y captura, incluso el ayudante, que esperaba órdenes hacía rato.

Pero no hubo necesidad. El General abrió la puer-



que ninguno de su edad sabía mejor que él esgrimir los espadines del abuelo para atravesar las sillerías de damasco con la misma fruición que si vengase ofensas de enemigos temibles, y otras mil travesuras, que propias de los niños sanos y robustos, suelen ser patrimonios del mimo exagerado, produciendo encantos única y exclusivamente familiares.

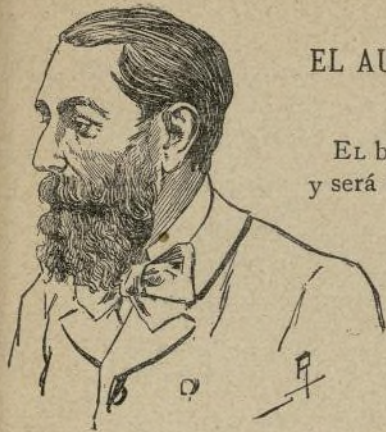
Pero el abuelo aquella mañana tenía mucho que hacer, tanto por la revista que por la tarde había de pasar á las fuerzas de la guarnición, cuanto porque entregado hacía tiempo á la confección de una importante obra de ciencia militar, quería concluir las últimas cuartillas y lanzarla en seguida á la publicidad.

Hacia largo rato que permanecía encerrado sin que nadie osara estorbar su labor, hasta que avanzada un poco la mañana llegaron á su oído los gritos y protestas de su nieto, que levantado ya, quería, siguiendo su costumbre, ir á dar á su abuelo los buenos días. Pero su madre y los criados, conociendo el carácter

ta, y sonriente mostró satisfecho á su nieto la larga mesa de despacho cubierta de un número considerable de soldaditos de papel recortados y pegados en cartón, que formando compañías y batallones, semejaban el más silencioso y correcto desfile que el más descontentadizo rey prusiano pudiera apetecer, y mientras el niño con las dos manitas y la boca apoyadas en el borde de la mesa contemplaba embelesado aquel delicioso espectáculo de litografía militar, el General se volvió al ayudante y le entregó la orden de la plaza, en la que leyó asombrado el oficial estas líneas siguientes que se referían á la fiesta militar de por la tarde...: «las tropas se situarán al pie de la escribanía, desfilando en columna de honor á lo largo de la carpeta.»

Es decir, toda la labor matinal de S. E.

ALFREDO F. FEYJOO



EL AUTOR DE 'COPPELIA'

El baile famoso que está siendo y será todo el verano el acontecimiento teatral madrileño, convierte á su autor en la nota culminante de actualidad. Su silueta se impone como una necesidad, á fin de que los aficionados conozcan al genial compositor ma-

logrado para la música francesa á los cincuenta y cinco años, en pleno fulgor de sus facultades y de su gloria.

El nombre de Leo Delibes lo han popularizado en España el vals lento y los pizzicati del baile *Sylvia* y la ópera *Lakmé*.

La silueta de Leo Delibes es poco interesante y reside más en las obras del maestro que en los hechos de su vida.

Pasó una gran parte de ella afanado para hacerse compositor. Por fin, el trabajo, las vigiliás, el estudio, le entregaron la clave de todos los secretos de la música.

Luego conquistó la reputación, y cuando la consiguió, luchó de una parte con el arte para hacerle suyo, y de otra con el público para poder vivir: lucha en que combatió con dos enemigos diferentes: uno todo luces, esplendores y armonías; otro todo asperezas, amargas y tristes detalles.

De tal lucha surgió el compositor.

Inició su carrera activa con tres obritas en un acto: *Deux sous de charbon*, *Deux vieilles gardes* y *Six demoiselles á marier*.

Maitre Giffard, ópera cómica en un acto, valió á Leo Delibes una ovación y reveló sus aptitudes.

L'omelette á la Follembouche, *Monsieur de Bonne Etoile*, en un acto cada una; *Les musiciens de l'orchestre* (dos actos, en colaboración con Erlanger é Hignard); *Le jardinier et son seigneur*, un acto; *La tradition*, prólogo para una reapertura de los Bufos Parisienses; *Le serpent á plumes*, un acto; *Le bœuf Apis*, dos actos, y *Alger*, cantata ejecutada en el teatro de la Ópera, ponen de manifiesto la actividad del joven compositor.

En la Ópera Cómica se estrenó el 12 de noviembre de 1866 *La Source*, baile en tres actos y cuatro cuadros, cuyo primer acto escribió un joven compositor ruso, Mr. Minkous, y los dos restantes Leo Delibes.

La audición de *La Source*—dice Arthur Pougin—fué una especie de revelación, y el talento de Delibes se consolidó súbitamente y de un modo tan señalado que todos le proclamaron como sucesor directo de Hérold y Adam.

Después del triunfo de *La Source* volvió á la escena de sus antiguos éxitos y estrenó en los Bufos Parisienses *L'écosse de Chaton*, fantasía en un acto que precedió á una ópera bufa en tres; *La cour du roi Pétand*, estrenada en el teatro de Variedades y cuya chispeante música valió á su autor unánimes aplausos.

El teatro de la Ópera encargó en seguida un baile á Delibes, y el 25 de mayo de 1870 se estrenó en el gran coliseo *Coppelia*, baile en dos actos, que señaló un ruidoso triunfo para el compositor.

Este baile es, á juicio de los críticos franceses, uno de los puntos culminantes, una de las obras maestras de Leo Delibes.

Pougin la juzga como obra exquisita, encantadora, que se distingue por la abundancia melódica, la espontaneidad del ritmo, la inteligencia escénica, la riqueza, el brillo y la variedad de la instrumentación.

A *Coppelia* siguió *Le Roi l'a dit*, una joya de la ópera cómica francesa.

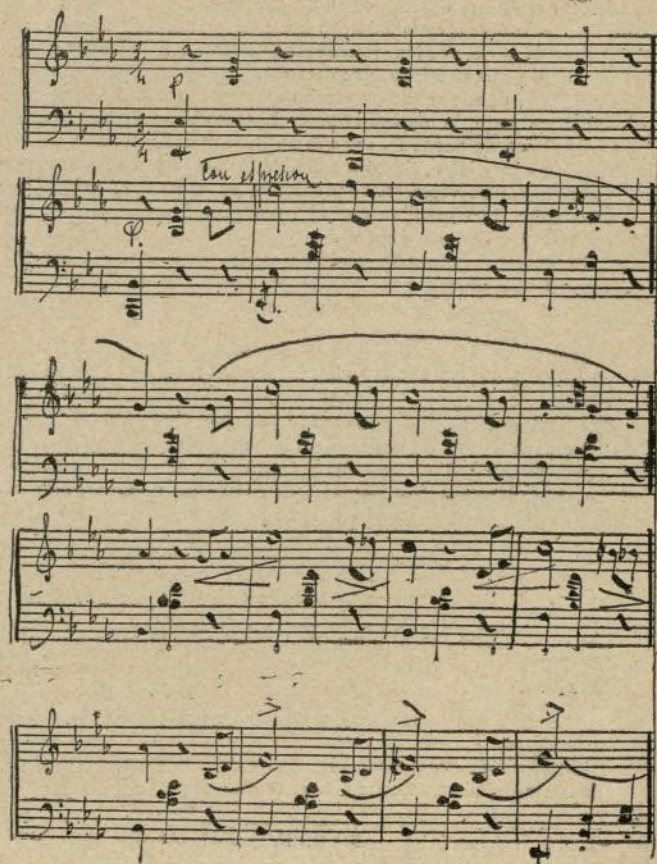
Después alcanzó dos éxitos extraordinarios con *Sylvia*, baile en tres actos y cinco cuadros, estrenado en el teatro de la Ópera de París, y una cantata estrenada en un concierto.

Con la ópera cómica *Jean de Nivelle* alcanzó un éxito de cien representaciones, y el 14 de agosto de 1883 señala una fecha gloriosa en la historia del compositor con la primera representación de *Lakmé*. El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es que ha recorrido triunfalmente los primeros teatros de Europa.

La música de Leo Delibes está impregnada de delicadezas y suave poesía, que á nosotros, meridionales, nos convence poco, acostumbrados como estamos á poner al Cristo mucha sangre.

Coppelia tiene en el primer acto un vals, cuyo tema musical publicamos á continuación, que es una monada, y me valgo de este término, puramente español, porque expresa mejor que ningún otro el carácter de una música finísimamente compuesta, sencilla y desnuda al parecer, pero atractiva, simpática y bella.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON



LAS DIVERSIONES

RECOLETOS

La semana teatral ofrece pocas novedades.

Con este clima de Madrid, hasta la literatura dramática se siente *desmadejada*.

Pero en fin, algo es algo.

El señor Pérez es un buen sujeto que ha establecido su agencia teatral en la buñolería de *Olózaga-Street*, con gran aplauso del público que asistió á la apertura de la oficina, vamos al decir.

García Álvarez y Antonio Paso, han hecho un jugueteito agradable que se oye con gusto, y que si, en honor de la verdad, no es de una originalidad absoluta, tiene en cambio escenas de mucha gracia, como la de Ibarrola, que hace un bailarín delicioso y nuevo.

Estellés y Quinito Valverde completaron muy bien el juguete con una bonita partitura, de la que merecen sitio de honor los *couplets* del bailarín.

La compañía de este teatro resulta muy igualita, exceptuados dos jóvenes *actores* (?) que no sé quiénes son, ni de dónde han salido, pero que si yo les tratara les aconsejaría cariñosamente muchas cosas en favor del arte.

Por hoy me contento con rogarle á mi simpático amigo Calixto Navarro, que en su condición de director de escena les enseñe á pronunciar con claridad, que es lo menos que se puede exigir á un señor que *hace comedias*.

Punto y aparte.

PRINCIPE ALFONSO

No podrán quejarse los hermanos Ballesteros de la marcha que toma el negocio.

En la calle de la Libertad *hicieron* un teatro concurridísimo de lo que era *campo de soledad*; en el Príncipe... no pueden desear más; mucho público y bueno.

Continuando la progresión ascendente con las obras que tienen en cartera de la *plana mayor*, y las provechosas rectificaciones de compañía que tienen ultimadas, será brillantísima la campaña del invierno.

Así lo deseamos nosotros sinceramente.

* *

Juanito Pérez Zúñiga tiene la sal por arrobos; eso no se puede discutir; escribe mucho y se le lee más; pero bueno, sentido este precedente, que hacemos constar de buena fe, no se enfade el simpático Zúñiga si en nuestra humilde opinión creemos que tiene para el teatro excesiva candidez.

Esto mismo se observa en su última producción.

La *India brava*, estrenada con buen éxito el sábado último, tiene chistes de primer orden, retruécanos de buena ley, frases de ingenio; pero poco efectistas, poco teatrales, sobre todo para un teatro como este, donde se pierde mucho diálogo.

Sin embargo, la obra es bonita, el asunto tiene alguna novedad y el público de buena fe, ese que no lleva nunca intención deliberada de armar jaleo, llamó á escena á los autores, que se presentaron repetidas veces en el proscenio, en tanto que alguno que otro pollo, incompatible con el buen gusto, protestaba por su cuenta de la decisión general.

El fecundo Quinito Valverde ha escrito para la *India*, personificada *bravamente* por la *primísima donna* Lucrecia Arana, una partitura deliciosa; el preludio del cuadro cuarto se repetirá siempre y se aplaudirá cada vez más.

Muriel ha pintado una feria para el último cuadro, que parece de veras. Hay allí un tío vendiendo melocotones... que está *voceando*.

En resumen: un éxito más para la compañía y otro renglón importante para la hoja de ingresos de la empresa, que sumados á los que le proporcionan *Cepa-Club* y *La Romería del Halcón*, hacen subir, como la espuma, un negocio que en opinión de algunos *ilustres profetas*, no nacía en condiciones de *viabilidad*.

TINIEBLAS

BUZÓN DE ALCANCE

El de las 25.—Sevilla.—Sólo sirve el soneto. *La cometa* pasa de las veinte líneas convenidas, y ya sabe usted... ¡Ah! Gracias por sus elogios.

Bombardino.—Hombre, ¡por la Virgen del Carmen! ¿Usted cree de buena fe que *eso* que me envía es un soneto?

Burlam-Sailo.—¡Claro! En colaboración con Pero Grullo no podía salir otra cosa.

F. O. D.—Siento que perdiese usted el tiempo escuchando aquel *diálogo* porque, ¡cuidado si decían tonterías ella y él! Aleluyas, no.

J. H. P.—Madrid.—Sí, señor, es bonita; se publicará en el número próximo.

Balandro.—Patache.—Bergantín.—Santander.—No es, verdad aquello de *tres eran tres*, etc., porque de las tres me agradan... las tres. Se publicarán en *Firmas nuevas* si envían ustedes las firmas y me permiten alguna ligera corrección. De *Bergantín* sólo sirven la 2.^a y 3.^a

A. S. A.—Algeciras.—Lo haría con gusto, pero observe usted que los ocho primeros versos son asonantes, defecto imperdonable. Respecto de la suscripción... usted verá.

A. H. y R.—Están muy descuidaditos. Fíjese usted para otros.

M. del R. y G.—Puerto de Santa María.—Sí, señor; se publicarán. Son bonitos.

A. M.—Salamanca.—Lo siento, no sirven.

E. G.—Valencia.—Recibidos todos. Aprovecharé algunos cuando pueda.

A. de H.—Madrid.—Entra en turno.

M. G.—Málaga.—Amigo mío... lo menos que se puede exigir es ortografía y... ¡válgame Dios!...

M. E. G.—Cádiz.—Los versos no sirven. De lo otro... usted dirá en qué concepto.

¡Pobre Mañiyol!—Sevilla.—Va á la sección de *Firmas nuevas*. Envíe usted la firma.

A. G.—Albacete.—¡Si viera usted qué tonto me resulta eso!... Además, si se lo envía usted á ella... es muy capaz de incomodarse.

E. del P.—Madrid.—¡Más vale que no hubiera usted oído sus últimas palabras!... Muy descuidado de forma.

M. M.—Idem.—Celebraré que *no vuelva ese día* y que usted adelante en eso y en gramática.

F. del A. L.—Linares.—Si usted me asegura que le ha *largado* esos cantares á ella y ella no le ha tirado á usted nada desde el *barcón*... los publico.

Bareyo.—Santander.—Es muy inocente, y luego... ¡hemos dicho todos tantas bobadas de esas!...

RIOJA

ENTRETENIMIENTOS

Soluciones del número 4.

A la charada, CANDIDATO.

A la frase hecha, SALIRSE POR LA TANGENTE.

A la tarjeta enigmática, TE QUIERO AL PRINCIPIO COMO AL FIN.

Logogrifo acróstico central, por M. Marzal.

3 2 1 9 8—Nombre de vibora.
2 6 2 8 9—Perro.
1 2 3 7 9—Actor notable.
8 2 4 5 3—Lo que se hace una vez.
2 4 5 3 2—Por las calles.
1 5 6 9 8—Fruta.
3 5 7 8 2—Alto personaje.
4 5 8 2 3—Infinitivo.
2 4 9 6 7—Ave africana.

ROMPE CABEZAS

El todo, nombre de varón, línea vertical.

ANAGRAMA

D. LINO CEA PUM

1 3 1 1 1 2 3 1 1 1

Combinando estas letras repetidas tantas veces como indican los números, formar el nombre y apellido de un ilustre poeta contemporáneo.

CHARADA

¿Por qué *tres prima* en la *prima dos* el señor *todo*?

J. ABAD

¿A quién mira?



á una cena de fiambres y á unas cuantas botellas de buen vino de Andalucía, en el palco mismo; uno de aquéllos mis camaradas, exclamó:

—Que os parece, convidaremos á Emma...

—Sea, sí señor, hemos de convidarla... pues no se viene con poca espuma la niña... que tal vez sea una *gachela* ó una *mis* de Lavapiés.

—Vaya señores, no digamos desatinos... es una mujer decente.

—¡Qué gracia! galleó burlescamente un zanganote de infantería, buen muchacho, mejor soldado; pero calavera un poco burdo.

—Caballeros, el teniente Fernando, que pertenece al *gilli-laif* la conocerá... añadió Rivoz, un oficial de caballería.

—Señores, de quién se trata, repliqué yo, haciéndome de nuevas y disimulando mi interés.

—De la vecina del palco...

El capitán Garés que se hallaba desocupando los embutidos, fiambres, las botellas y las golosinas que guardaba la cesta, dijo de pronto, en voz muy baja y en tono reposado y grave:

—Esa señorita que está sentada en el palco inmediato se parece mucho á la mujer del general Mirenela.

—¡Vamos, por mi parte, capitán, créi que nos iba usted á decir por primera vez en su vida alguna cosa interesante!

Duró por breve rato esta conversación, hasta que llegando á donde estábamos, el chiquilicuatro de un cadetillo que ya graciosamente venía hombreado, muchacho simpático y valiente, sin poder apenas contener la risa nos dijo:

—Zurbeni, señores... Zurbeni... y el pobre muchacho se ahogaba de risa.

—Vamos, acaba hombre, acaba, ¿qué ha hecho Zurbeni...?

—Pues que ha ofrecido unas yemas á la vecina... y el muy pillastre... está ya de palique con la vieja y con la muchacha....

—Pero cómo puede ser eso, exclamé yo, si Zurbeni no sabe más idioma que el castellano y ellas creo yo que no le hablan.

ban, no veía sino el capuchón de raso negro con cintas azul pálido de Eloísa, la caperuza á lo pierrette de mi amiga Mariquita, ó el sombrero pastoril, lleno de flores, que llevaba no sé cuál de las chicas... De pronto, á través del grupo, pude descubrir no sé cómo á mi desconocida, que sin disfraz alguno, se hallaba sentada en el fondo de un palco...

Era yo en aquella época de lo más aturrido y de lo más impresionable que pueda pensarse y sólo así comprenderéis que recobrando fuerzas y con decisión repentina, aparté de mí á todas aquellas locuelas que me asediaban y que cuando quisieron detenerme ya había yo desaparecido rápidamente de su vista; crucé por medio de una estudiantina que á paso vivo y al compás de sus alegres bandurrias y guitarras penetraban en el salón; por poco no derribo á un caballero de capa y espada, tropiezo con un mago, desgarró la cola de una princesa y aplasto las narices de trompa de un estupendo mascarón.

¿Pero á dónde iba? yo mismo no lo sabía; me hallé, sin acertar á explicarme cómo, en el pasillo á que daba la puerta del palco en que se hallaba mi bella desconocida...

—A ver amigo, dije á uno de los criados que con la librea del teatro ví paseándose en la galería, ¿está este palco tomado?

—Todos lo están, señorito.

—Por vida de... exclamé lleno de enojo.

Había yo formado rápidamente el proyecto de ocultarme en el palco inmediato y desde allí contemplar á mi desconocida. No cabía duda, era una mujer curiosa que quizá acudía al baile sólamamente por verle y era sobrado seria para usar de la libertad que un disfraz concede; al fin Eduardo apareció á sacarme del grave apuro; nunca podía llegar á parte alguna con mayor oportunidad; después de anunciar que encolerizadas nuestras amigas habían resuelto buscarme por todas partes, me dijo:

—Tú, caro Fernando, te ves ante un empeño y un apuro, ¿quieres ver y hablar á esa mujer y á la vez huir de la turba de lan-gostas que te persigue?... Pues hay un medio.

—No se me ocurre.

—Disfrízate... ésto ha de darte libertad y te resguardas del peligro.

¡Torpe de mí! pues era claro que ésto lo arreglaba todo: el plan no podía ser mejor...

Así fué, que á los pocos momentos un criado me ponía un dominó y una careta...

¡Era libre!... Podía, usando en cierto modo y con la discreción de un caballero que no ha de hacer con la cara cubierta lo que no se atrevería á hacer sin antifaz ó careta, podía, digo, usar de los privilegios y los fueros de todo enmascarado, en tiempos de carnaval.

Por fortuna (que nunca ayuda á medias) supe que el palco inmediato al que ocupaba mi desconocida, le habían tomado unos



amigos nuestros y mandé que le abriesen y en él me ví... y frente por frente pude contemplar á la bellísima niña.

No se hallaba sola. Una señora de edad, creo que la misma con quien la había visto la noche que la encontré en el teatro Real, estaba junto á ella y ambas hablaban á media voz mirando al salón y como divirtiéndose su atención en éste ó el otro máscara-

de bonito ó extravagante disfraz... ó los bulliciosos que aquí ó acullá, por todas partes de la sala estallaban.

No se apercibieron de mi entrada en el palco inmediato.

¡Vanos que aún hoy, después de algunos años, y cuando ya sólo como placentero recuerdo puedo considerarlo, me entusiasma pensar en lo reguapisima que era aquella mujer! Hablando con ese cuchicheo sigiloso de dos personas que ponen empeño en que nadie se aperciba de sus palabras, mostraba su tranquila hermosura delicadísima y graciosa movilidad de expresión, que revelaban un espíritu de sentimientos elevados y un organismo de exquisita sensibilidad.

A la verdad, yo había esperado de mí más atrevimiento, mayor inspiración... y me hallé sin voz, sin libertad para moverme, haciendo ese ridículo papel que hacer suelen los máscaras mudos que cruzan de aquí para allá en medio del general regocijo, como si persiguieran á algún oculto enemigo, concuerriesen á patibularia conjuración ó estuvieran preparados y al acecho de alguna aventura novelesca...

¡Oh, lo que llegué á descubrir! se llamaba Emma, así la nombró la anciana. El descubrimiento me puso tan alegre como un colegial en día de asueto.

Y bien, me diréis... ¿qué más? pues nada más; á nada me atreví; ella me dirigió esas miradas de curiosidad y de recelo que todo el mundo dirige inconscientemente al que se muestra enmascarado y encubierto por un disfraz cualquiera... yo la devoré con mis ojos, y pare usted de contar, á nada más me atreví...

A la verdad, imponía su rostro hermoso y grave; ciertamente no era aquella mujer una casquivolante á la cual pudiera uno hacer caer en la red de un cazador de bravías piezas; que por más sutiles medios habría de valerme en tan difícil caso.

En esto, entraron en el palco los amigos que le tenían tomado; ya sabían que yo estaba en él, si bien no conocían con que objeto y á que fin había ido allí.

Eran unos cuantos oficiales como yo, que se juntaban á dar fin

tar mis planes; ¡Oh! y éstos llevaban camino de conducirme á buen resultado, ¡vive Dios!...

Emma era una mujer superior, inteligente, sensible, virtuosa, sin gazmoñería, llena de atractivos, encantadora.

—Si yo amara alguna vez, lo cual no sería difícil, caballero oficial, porque la galantería española es de gran fuerza, por lo que usted con su trato me demuestra... pues bien, si yo amara, desearía ser la única, la única, amigo mío.

Era muy justo, y no bien me dijo esto, hice en mi pecho un serio juramento de fidelidad... No tornaría á picos pardos; el hombre que puede lograr la ventura de un amor verdadero, sin caer en las malditas redes del matrimonio, que entonces yo odiaba con todo mi corazón, á pesar de tan envidiable fortuna anduviera á tales picos, era un insensato.

Llegó mi extremo entusiasmo hasta el punto de romper y quemar todas las cartas de todas las novias que había tenido, que habían sido tantas como poblaciones que había recorrido con mi batallón... amorcillos vanos con muchachas que andaban á la pesca de marido alardeando de retóricas y maltratando la ortografía.

¡Era libre como he dicho!... ¡Estaba en presencia, sin duda alguna, de la mujer que me ofrecería el amor poderoso y honrado sin trabas de necios convencionalismos, ni mercenarias dichas... Un amor sin prisiones ni vergüenzas!

—¡Emma, Emma hermosa!—exclamaba loco de entusiasmo— ¡por tí he de ser fiel hasta el heroísmo, amante hasta el delirio de pasión, constante hasta la muerte!

III

La noche que Emma debía debutar, me hallaba yo por primera vez en el Hotel de Berlín y en el lindo gabinetito que allí ocupaba la artista.

Me había suplicado que vistiese el uniforme y la acompañara.

verla, desde que se sabía quién era, debieron hallarla sin duda mayores encantos... Bien hermosa me seguía pareciendo á mí, y hubiera dado cualquier cosa porque Zurbeni me facilitase la entrada en aquel palco, en el cual había logrado entrar él gracias á su audacia y á su charla; pero no quise que se me conociera el interés que por Emma sentía; además Zurbeni, que había sido perdonado por su atrevimiento, nos aseguró que ella le había hecho la súplica de que no presentase á ninguno de sus amigos...

—Tendrá sus razones para ello. Tal vez sea casada... Según parece, la anciana que está con ella es madre de una de las artistas de la compañía á que Emma pertenece; sabedlo todo al fin... vive en el hotel Berlin... calle de Alcalá...

He aquí todo cuanto pude saber y cuanto logré en mis deseos aquella noche de baile... Poco después, meditando seriamente un plan para poder tratar á Emma, sin que nadie lo notase, me separé de mis camaradas pretextando que Eduardo me esperaba á cenar en el Inglés, donde, en efecto, nos habíamos citado.

Allí le hallé presidiendo una mesa, á la cual se sentaban, locos de contentos, unos cuantos amigos y las amigas de siempre, con los ojos brillantes, las bocas encendidas, las voces trémulas, las palabras sin concierto... el vino coloreando sus mejillas de chicuelas coquetas dadas de afeites...

Fuí recibido con estruendosa alegría... ¡y qué queréis que os diga! no pudieron distraer mi pensamiento, fijo en la imagen de Emma, de la hermosa Emma Gerloway, la Reina de las palomas libres... y también, según pensé entonces, de mi gusto y de mi albedrío.

—¡Vaya una extraña cosa! no resultar mi desconocida ni una gran señora, ni una institutriz, como yo pensaba, sino una de esas mujeres singularísimas que corren el mundo dedicadas á lucir un trabajo curioso, dar un espectáculo divertido... y tal vez recoger menos dinero que aplausos.

Pero lo repito, era muy hermosa.

**



Mariquita era diabólica.

Una muchacha más bien alta que baja, con ojos oscuros, como de un oro opaco ó de ámbar nicotinizada por el humo del cigarrillo, con boca regular, de menudos dientes y de labios desdeñosos y risueños; de gracioso movimiento al andar, y su atavío, que era de ordinario ora arreglado al figurín francés, ora de chula, le prestaba medios de lucir sus donaires y su ligereza gentil.

Tenía además un espíritu inquieto, apasionado momentáneamente, caprichoso y voluble, como pluma al viento; ponía su mayor gusto en revolverlo todo sin que en ello, al fin y al cabo, hubiera mayor malicia que la que es dable en un niño travieso y juguetón.

Yo mantenía con ella relaciones amorosas... habían comenzado, creedlo, porque no bien se mostró en mis ojos complacencia cuando ya ella adivinó los deseos y supo avivarlos por extremo.

No habíamos tenido disgusto alguno; yo perdonaba las bromas, los enredos festivos con que alborotaba á sus amigas y á mis amigos, las chulerías con que creía ella enamorarme y ¡oh Dios mío! ¡qué culpa tuve yo en esto! más me compadecía al saber que siendo obrera apenas ganaba con su jornal lo suficiente para mantenerse... que me cantivaba con sus amores.

—Es necesario que trabajes... solía yo decirle paternalmente, creyendo que con estos consejos se verían en cierto modo compensadas mis atrevidas relaciones de amor, trabaja, Mariquita, no sea que se te olvide el oficio... pero ya sabes que no quiero ser tacaño... si quieres...

—Vamos, condenaos, malos demonios te lleven... ¡qué guasa! piensas tú que esta personita está á la subasta... ¡Ay que regañadísimo tunos sois los hombres...! me replicaba haciendo ademán extraño, tal y como si realmente arrojara dinero al suelo y le escupiese con desprecio, pisándolo luego con no menos desden.

—¡Pobrecilla! ¿enferma?... eres bien desgraciada.

—No sé qué tengo... yo soy quejicona, esta es la verdad... pero ahora pienso que realmente me siento con algún grande mal en todo el cuerpo... particularmente en el corazón...

—Es lástima, es lástima,—repliqué,—te hallas tan sola, sin un amigo, sin una amiga, sin nadie en fin, que te asista y te cuide. Mira, mi niña, pienso á veces que mi cariño más bien te perjudica que otra cosa... Por mí—añadí con acento y aires de vanidad petulante—has dejado el teatro, seguro estoy de que por mí perdiste todos aquellos amigos que al fin y al cabo, rendían su fortuna á tus pies, y qué quieres, creo que hasta por mí te encuentras enferma... y ya lo sabes, seré capaz de todo porque no te apenes.

Noté que ya desde el fondo de su alma se reía de mí; el desengaño apuntaba, me había creído ella un egoísta malvado é irreducible y estaba entusiasmada; pero cuán grande desilusión hubo de ofrecerla; estuve empalagoso, torpe, ofreciendo hasta casarme con ella, si esto la complacía... ¡No habrá seguramente mujer que haya odiado el matrimonio hasta el extremo que Elvira le odiaba! ¡Y qué os diré de mi exagerada credulidad! Era cosa de morir de risa, verme con los ojos de la más estúpida buena fe, caer en los engaños de Elvira.

Á los tres días era para ella el más impertinente, pegajoso y necio de los amantes *pandéis*.

Cumplí mi propósito. Era libre; ninguna mujer podría ya acibarar la dicha que nuevamente se me ofrecía, porque en lo que á la Marquesa vinda de*** podía referirse, tenía fácil arreglo... Ella misma, con sus antojos incesantes y su gusto por continuos cambios, me daba ya pretexto más que sobrado... bastaba no parecer por su casa; su indolencia era tan grande como sus aficiones por la mudanza... había recorrido verdaderamente la Marquesa, toda la escala social... desde el torero al príncipe.

Velame, pues, libre de todo peligro; cualquiera de aquellas tres mujeres sólo por vanidad, hubiera podido muy bien desbarra-